

Stefan Zweig

Novela de ajedrez

TRADUCCIÓN DE MANUEL LOBO



Sin capacidad para cualquier otra actividad intelectual, Mirko Czentovicz se reveló, ya desde niño, como un genio del ajedrez, del que ha llegado a ser campeón del mundo. Pero, en un viaje en barco de Nueva York a Buenos Aires, se le presenta un enigmático contrincante: el señor B., noble vienés que huye de los nazis. Uno de los pasajeros del vapor se acerca a los dos personajes acompañando al lector a la confrontación entre los dos jugadores. Si *Novela de ajedrez* nos presenta el choque de dos naturalezas antagónicas, nos muestra también, y en buena medida, la capacidad de resistencia del ser humano sometido a una presión extraordinaria. Y todo ello con unas grandes dosis de intriga y maestría.

A bordo del transatlántico que había de zarpar a medianoche de Nueva York rumbo a Buenos Aires reinaban la animación y el ajeteo propios del último momento. Los acompañantes que habían subido escoltaban entre apretujones a sus amigos; los repartidores de telegramas, con sus gorras ladeadas, recorrían los salones voceando nombres; al trajín de flores y maletas se añadía el de los niños que subían y bajaban por las escalerillas curioseando, mientras la orquesta amenizaba imperturbable el show en cubierta. Yo estaba conversando con un amigo en la cubierta de paseo, un poco al abrigo de todo aquel jaleo, cuando a nuestro lado relumbraron dos o tres veces los destellos de un flash: al parecer, los reporteros habían aprovechado los últimos instantes previos a la partida para entrevistar y fotografiar a algún personaje importante. Mi amigo echó una ojeada y sonrió:

—Tienen ustedes a bordo a un personaje bien curioso: Czentovic. —Y como debió de deducir por mi expresión que no sabía de qué me estaba hablando, añadió: —Mirko Czentovic, el campeón del mundo de ajedrez. Ha recorrido de punta a punta los Estados Unidos, participando en todos los torneos, y ahora se dirige a la Argentina en busca de nuevos triunfos.

Entonces me acordé efectivamente de aquel joven campeón del mundo e incluso de algunos pormenores de su meteórica carrera; mi amigo, lector de periódicos mucho más asiduo que yo, no dejó de completarlos con toda una serie de anécdotas. Desde hacía aproximadamente un año, Czentovic había llegado a alcanzar el nivel de las figuras más consagradas del arte del ajedrez, como Allekhin, Capa-

blanca, Tartakover, Lasker o Bogollubov. Desde la presentación del niño prodigio de siete años Rzecevski en el torneo de Nueva York de 1922, nunca la irrupción de una figura hasta entonces desconocida había acaparado hasta tal punto la atención general entre los miembros de la gloriosa congregación. Porque las dotes intelectuales de Czentovic no parecía, en un principio, que hubieran de propiciar una carrera tan brillante. Pronto trascendió que nuestro campeón era incapaz en su vida privada de escribir una frase en el idioma que fuese sin faltas de ortografía, y que, tal como afirmaba con sarcasmo y despecho uno de sus colegas, «su incultura era igualmente universal en todas las materias».

Hijo de un miserable barquero eslavo del Danubio que se había hundido con su diminuta embarcación arrollado por un vapor de transporte de cereales, el muchacho, que tenía entonces doce años, fue recogido por compasión por el párroco de aquel apartado lugar; el buen hombre hacía cuanto estaba en su mano para que el chico, perezoso, silencioso y apático, repasara en casa todo lo que no había sido capaz de aprender en la escuela del pueblo.

Pero todos estos esfuerzos eran en balde. Mirko contemplaba extrañado todos aquellos signos escritos que ya le habían explicado una y cien veces, pues a su cerebro tarde le faltaba la capacidad de retener hasta los conceptos más elementales. A los catorce años tenía que contar todavía con los dedos, y leer un libro o un diario le costaba al jovencito un esfuerzo considerable. Y no se puede decir que fuera desaplicado ni rebelde. Cumplía obediente con todo lo que le mandaban, iba a por agua, cortaba leña, ayudaba en las faenas del campo, limpiaba la cocina y se encargaba puntualmente de realizar cualquier labor que se le encomendase, aunque, eso sí, con una parsimonia irritante. Lo que más exasperaba sin embargo a nuestro buen cura era la absoluta falta de iniciativa del muchacho. No hacía nada que no se le ordenara de manera explícita, nunca preguntaba nada, no jugaba con otros chicos ni se ocupaba

nunca espontáneamente de nada si no era por indicación expresa. Apenas había acabado con los quehaceres de la casa, se quedaba sentado en cualquier rincón de su habitación, impassible y con una mirada vacía como de oveja paciendo, sin participar en lo más mínimo en lo que ocurría a su alrededor.

Por la noche, mientras el cura, fumando con fruición su larga pipa, jugaba sus tres partidas de ajedrez habituales con el brigada de la gendarmería, el rubio muchacho permanecía sentado a su lado sin decir palabra, somnoliento y al parecer indiferente, mirando fijamente bajo sus pesados párpados el tablero cuadriculado del ajedrez.

Una noche de invierno, mientras los dos contrincantes se hallaban inmersos en su partida cotidiana, se empezó a oír el tintineo cada vez más cercano de las campanillas de un trineo que venía por la calle del pueblo. Un labriego con la gorra espolvoreada de nieve entró en la habitación a grandes zancadas. Que su madre estaba agonizando, que si el señor cura quería hacer el favor de darse prisa para que pudiesen llegar a tiempo de administrarle la extremaunción. El sacerdote le siguió sin vacilar. El brigada, que todavía no se había acabado su jarra de cerveza, se encendió una pipa de despedida, y se disponía ya a calzarse las pesadas botas cuando reclamó su interés la imperturbable atención con que Mirko seguía mirando la partida inacabada.

—¿Qué, quieres terminarla? —le dijo bromeando, plenamente convencido de que aquel jovenzuelo somnoliento no sería capaz de mover correctamente ni una sola pieza.

El muchacho le miró con timidez, asintió con la cabeza y se sentó en el lugar del cura. Al cabo de catorce jugadas ya había derrotado al brigada, quien tuvo que admitir además que su derrota no se debía en absoluto a ningún movimiento erróneo que hubiera podido cometer por distracción. La segunda partida no acabó de otro modo.

—¡La burra de Balaam! —exclamó sorprendido el cura a su regreso, no sin explicar al brigada, menos versado en temas bíblicos, que ya dos mil años atrás se había producido idéntica maravilla, cuando una muda criatura había hallado repentinamente la voz de la sabiduría. A pesar de lo avanzado de la hora, el cura no pudo resistirse a desafiar a su semianalfabeto pupilo a una partida. Mirko le ganó también con facilidad. Tenía un juego tenaz, lento, imperturbable. No levantaba ni una sola vez su ancha frente inclinada sobre el tablero, pero jugaba con una seguridad abrumadora. Ni el brigada ni el cura consiguieron ganarle una sola partida en los días siguientes. El sacerdote, más calificado que ninguno para juzgar el retraso de su protegido en todos los demás aspectos, se sintió entonces aguijoneado por la curiosidad de saber hasta qué punto aquel talento singular y exclusivo podría resistir una prueba más rigurosa. Después de llevar a Mirko al barbero del pueblo para que le cortara sus desgreñados cabellos color de paja y lo dejara mínimamente presentable, se lo llevó en el trineo a la pequeña ciudad vecina, en la que conocía un rincón, en el café de la plaza mayor, donde se reunía un grupo de empedernidos jugadores de ajedrez que, por experiencia, sabía que jugaban mejor que él. No fue poca la sorpresa de los contertulios cuando el cura irrumpió en el café empujando a aquel mozo quinceañero de mejillas sonrosadas y cabellos pajizos, enfundado en una zamarra de piel vuelta de cordero y calzado con pesadas botas altas. El muchacho, sintiéndose extraño, se quedó en un rincón mirando tímidamente al suelo hasta que alguien le hizo señas desde una de las mesas de juego. Mirko perdió la primera partida, pues en casa del bueno del cura nunca había visto la llamada «apertura siciliana». En la segunda ya consiguió hacer tablas con el mejor jugador del grupo. A partir de la tercera y cuarta partida, los fue venciendo a todos, uno tras otro.

Y como en una pequeña ciudad sudeslava de provincias muy raramente ocurren cosas excitantes, aquella primera

aparición de nuestro rústico campeón no podía dejar de causar sensación entre los notables de la ciudad, allí congregados. Se decidió por unanimidad que el niño prodigio se quedara sin falta en la ciudad por lo menos hasta el día siguiente, a fin de que se pudiera convocar a los demás integrantes del club de ajedrez y, sobre todo, para poder llevar el aviso al castillo del anciano conde Simczic, un fanático del ajedrez. El cura que, aunque orgulloso ahora por primera vez de su pupilo, no quería que el entusiasmo de su descubrimiento le llevara a descuidar sus obligadas celebraciones dominicales, se declaró dispuesto a dejar a Mirko en la ciudad para una segunda prueba. El joven Czentovic fue alojado en el hotel por cuenta del círculo ajedrecista y aquella noche vio por primera vez en su vida un *water-closet*. El domingo por la tarde el rincón del ajedrez estaba abarrotado. Mirko, sentado durante cuatro horas, inmóvil, frente al tablero, fue venciendo uno tras otro a todos los jugadores sin alzar la vista ni decir palabra. Finalmente, alguien propuso una partida simultánea. Necesitaron algún tiempo para meterle en la cabeza que en una partida simultánea tenía que enfrentarse él solo a varios contrincantes. Pero en cuanto Mirko llegó a hacerse cargo de aquella modalidad de juego, se acomodó enseguida a la nueva tarea y fue pasando con lentitud de una mesa a otra, arrastrando ruidosamente sus pesadas botas, hasta ganar por fin siete de las ocho partidas.

Comenzaron entonces las grandes deliberaciones. Aun cuando, en sentido estricto, el nuevo campeón no era hijo de la ciudad, el orgullo local se había inflamado vivamente. Tal vez la pequeña ciudad, cuya presencia en el mapa apenas había advertido nadie hasta entonces, podría alcanzar ahora la gloria de haber ofrecido al mundo a un personaje famoso. Un agente artístico llamado Koller, que de ordinario se ocupaba de proveer de cantantes y cupletistas al cabaret de la guarnición, se declaró dispuesto, a condición de que le pagaran los gastos de un año, a llevar al joven a Vie-

na, donde sería instruido metódicamente en el arte del ajedrez por un excelente maestro, campeón de segunda fila, que él conocía. El conde Simczic, que en sesenta años de jugar diariamente al ajedrez no se había enfrentado nunca con un contrincante tan notable, firmó el cheque inmediatamente. Aquel día marcó el inicio de la extraordinaria carrera del hijo del barquero.

Al cabo de medio año Mirko dominaba todos los secretos de la técnica del ajedrez, si bien es cierto que con una curiosa limitación, que más tarde sería objeto de numerosos comentarios y burlas por parte de los entendidos: Czentovic nunca fue capaz de jugar una sola partida de memoria o, como se suele decir en ajedrez, «a ciegas». Carecía por completo de la facultad de proyectar el tablero sobre el campo ilimitado de la fantasía. Había de tener siempre al alcance de la mano la cuadrícula blanca y negra con sus sesenta y cuatro escaques y sus treinta y dos piezas; incluso cuando ya era famoso en todo el mundo, llevaba siempre consigo un pequeño ajedrez plegable de bolsillo, para poder tener a la vista la posición de las piezas cuando quería reconstruir una partida del campeonato o resolver él solo algún problema. Este defecto, de por sí insignificante, revelaba no obstante una falta de imaginación que los del gremio criticaban tan acerbamente como si entre los músicos un eximio virtuoso o director de orquesta se hubiese mostrado incapaz de interpretar o dirigir una obra sin tener ante sus ojos la correspondiente partitura. De todas maneras, esta curiosa peculiaridad no supuso impedimento alguno para su asombrosa carrera. A los diecisiete años había ganado ya una docena de premios de ajedrez, a los dieciocho el campeonato húngaro, y a los veinte, finalmente, el del mundo. Los campeones más audaces, inconmensurablemente superiores todos ellos en dotes intelectuales, fantasía y arrojo, claudicaban ante su lógica fría y correosa como Napoleón ante el obtuso Kutusov, como Aníbal ante Fabio Cunctátor, de quien Tito Livio refiere que en su infan-

cia había mostrado asimismo claros síntomas de flema e imbecilidad. Fue así como la ilustre galería de los campeones de ajedrez, que reúne en sus filas a los más diversos tipos de superioridad intelectual, filósofos, matemáticos, naturalezas calculadoras, imaginativas y a menudo creativas, hubo de dejar paso por primera vez a un completo *outsider* del mundo del intelecto, a un pueblerino hosco y tedioso a quien ni el más avezado de los periodistas logró nunca arrancar ni una palabra aprovechable para un artículo. También es cierto que Czentovic llegó a suplir bien pronto la falta de declaraciones ingeniosas con un cúmulo de anécdotas sobre su persona. Pues en cuanto se levantaba de la mesa de ajedrez, en la que era un maestro sin parangón, Czentovic se convertía sin remedio en una figura cómica, casi grotesca. Pese a su ceremonioso traje negro, a su pomposa corbata adornada con un alfiler de perlas demasiado ostentoso y a su meticulosa manicura, seguía siendo, por su comportamiento y sus maneras, el mismo torpe rapaz que barría la casa del cura en la aldea. Con un cinismo tosco y grosero que divertía y a la vez indignaba a sus colegas, trataba tan sólo de obtener todo el dinero posible de su talento y su fama, satisfaciendo la más vulgar y mezquina codicia. Viajaba de ciudad en ciudad hospedándose siempre en los hoteles más económicos, jugando en los clubs más miserables, con tal que se le pagasen sus honorarios; cedió su imagen para anuncios de jabón y, sin preocuparse por la burla de sus competidores, que sabían perfectamente que no era capaz de escribir tres frases seguidas correctamente, dio su nombre a una *Filosofía del ajedrez* que había escrito en realidad un ignoto estudiante de Galitzia para un editor perspicaz. Como todas las naturalezas tenaces carecía por completo del sentido del ridículo. Desde su triunfo en el campeonato mundial se tenía por el personaje más importante del mundo, y la conciencia de haber derrotado en su propio campo a todos aquellos intelectuales tan agudos, oradores y escritores brillantes y, sobre todo, el hecho pal-

pable de ganar más dinero que ellos, transformó su inseguridad inicial en una vulgar ostentación de fría arrogancia.

—Pero, ¿cómo no había de obnubilar gloria tan repentina a una cabeza tan huera? —concluyó mi amigo, que acababa de contarme algunas anécdotas clásicas de la suficiencia pueril de Czentovic—. ¿Cómo no iban a apoderarse los delirios de grandeza de un campesino del Banato si de pronto, a los veintiún años, con sólo mover unas figuritas sobre un tablero de madera, ganaba más en una semana que su pueblo entero en todo un año de talar bosques y realizar las faenas más duras? Y además, ¿no es acaso lo más fácil del mundo considerarse un gran hombre cuando no se tiene ni la menor idea de que hayan existido alguna vez un Rembrandt, un Beethoven, un Dante, un Napoleón? En el estrecho recinto de su cerebro lo único que cuenta es que, desde hace meses, no ha perdido una sola partida, y como ni sospecha que puedan existir en este mundo otros valores que no sean el ajedrez y el dinero, no le faltan razones para sentirse pagado de sí mismo.

Estas declaraciones de mi amigo no dejaron de despertar mi más viva curiosidad. Toda mi vida me han intrigado los monomaniacos, las personas obsesionadas por una sola idea, pues cuanto más se limita uno, más se acerca por otro lado al infinito; son precisamente estos seres en apariencia fuera del mundo los que, como termitas, saben construir en su ámbito una imagen reducida del mundo, única y extravagante. No disimulé, por tanto, mi intención de examinar con lupa aquel singular espécimen de monocordia intelectual durante los doce días del viaje a Río.

—No creo que tenga suerte —me previno mi amigo—. Que yo sepa nadie ha logrado hasta ahora arrancar a Czentovic ni el más mínimo material psicológico. Detrás de toda su abismal estulticia, ese astuto campesino oculta la gran habilidad de no mostrar nunca sus puntos flacos. La técnica es simple: basta evitar toda conversación que no sea con paisanos de su propia extracción que se busca en las fon-

das en las que se aloja. Apenas detecta la presencia de una persona instruida, se encierra en su concha como un caracol; por eso nadie puede jactarse de haberle oído decir nunca una necedad ni de haber podido medir la profundidad presumiblemente insondable de su incultura.

Mi amigo estaba efectivamente en lo cierto. Durante los primeros días del viaje resultó del todo imposible acercarse a Czentovic sin incurrir en una grosera impertinencia, impropia de mi carácter. Es verdad que a veces se paseaba por cubierta, pero siempre con las manos a la espalda, en la misma actitud orgullosamente ensimismada que Napoleón en su famoso retrato; por otra parte, sus peripatéticas rondas por cubierta terminaban de forma tan apresurada y súbita que hubiera tenido que trotar uno detrás de él para poder dirigirle la palabra. Nunca se dejaba ver en cambio en las salas de reunión, en el bar o en el salón de fumadores. Por la información confidencial de un camarero, supe que se pasaba casi todo el día en su camarote, ensayando o reconstruyendo partidas de ajedrez sobre un tablero descomunal.

Al cabo de tres días empezó a fastidiarme realmente que sus tácticas de evasión fuesen más hábiles que mi voluntad de abordarlo. Nunca en mi vida había tenido la oportunidad de conocer personalmente a un campeón de ajedrez, y ahora, cuanto más me esforzaba por plasmar tal tipo de personaje, más inverosímil se me antojaba una actividad mental que durante una vida entera no hiciera otra cosa que girar en torno a un espacio de sesenta y cuatro casillas blancas y negras. Conocía desde luego, por propia experiencia, el misterioso poder de atracción del «juego de reyes», de ese juego entre los juegos, el único entre los ideados por el hombre que escapa soberanamente a cualquier tiranía del azar, y otorga los laureles de la victoria exclusivamente al espíritu, o mejor aún, a una forma muy característica de agudeza mental. ¿Pero no es ya el solo hecho de tildarlo de juego una degradación insultante? ¿No

es acaso también una ciencia, un arte que gravita entre estas diferentes categorías como entre el cielo y la tierra el ataúd de Mahoma? ¿No es por azar un vínculo único entre todos los pares de contrarios; antiquísimo y sin embargo siempre nuevo; mecánico en su disposición y sin embargo eficaz tan sólo por obra de la fantasía; limitado a un espacio rígidamente geométrico y a un tiempo ilimitado en sus combinaciones; en perpetuo desarrollo y sin embargo estéril: un pensamiento que no lleva a nada, una matemática que nada calcula, un arte sin obras, una arquitectura sin sustancia, y aun así más manifiestamente perenne en su esencia y existencia que todos los libros y obras de arte, el único juego que pertenece a todos los pueblos y a todas las épocas y del que nadie sabe qué dios lo legó a la tierra para matar el hastío, aguzar los sentidos y estimular el espíritu? ¿Dónde empieza, dónde acaba? Cualquier niño puede aprender sus reglas básicas, cualquier chapucero probar con él fortuna, y sin embargo tiene la virtud de generar en el seno de su cuadrado, inmutable y estricto, una especie peculiar de campeones sin comparación con ninguna otra, hombres dotados de una habilidad especial para el ajedrez, de una genialidad específica que combina clarividencia, paciencia y técnica en proporciones tan exactamente definidas como lo están para los matemáticos, poetas y músicos, sólo que con distinta disposición y armonía. En los tiempos en que hacía furor la frenología, tal vez un Gall hubiera realizado la disección de los cerebros de los campeones de ajedrez para averiguar si en la materia gris de estos genios se halla más desarrollada una circunvolución especial, una especie de músculo del ajedrez o de protuberancia ajedrecística. ¡Y cuánto más hubiera entusiasmado a un frenólogo tal un caso como el de Czentovic, en el que ese genio específico aparecía enquistado en una desidia intelectual absoluta, como una sola veta de oro entre quintales de roca estéril! Siempre he estado dispuesto a admitir en principio que un juego tan genial y peculiar ha de producir sus hé-

roes específicos, pero ¡qué difícil, por no decir imposible, resulta imaginarse la vida de un hombre de inteligencia despierta para quien el mundo se reduce a la estrecha senda entre el blanco y el negro, de un hombre que no exige de la vida otros laureles que el mero ir y venir, avanzar y retroceder de treinta y dos figuritas, un hombre que considera ya una proeza haber descubierto una nueva apertura moviendo el caballo en vez del peón o que cree haberse reservado su mísero rincón de inmortalidad en los perdidos renglones de un libro de ajedrez; un hombre, un ser inteligente, que sin volverse loco dedica un día tras otro, durante diez, veinte, treinta, cuarenta años, la totalidad de su energía mental a la ridícula empresa de acorralar sobre un tablero de madera a un rey también de madera!

Y ahora que tenía por primera vez bien cerca de mí a uno de esos genios peculiares, o si se quiere, locos enigmáticos, en el espacio de un mismo barco y a sólo una distancia de seis camarotes, he aquí que yo, desdichado de mí, en quien la curiosidad por las cuestiones del intelecto acaba siempre por tomar la forma de una especie de pasión, ¿no había de ser capaz de acercarme a él? Empecé a urdir las estrategias más absurdas, como halagar su vanidad simulando una entrevista para una revista famosa, o bien prenderlo en las redes de su codicia proponiéndole un lucrativo torneo en Escocia. Pero finalmente caí en la cuenta de que la técnica más eficaz que puede utilizar un cazador de faisanes consiste en imitar su grito de celo, y en efecto, ¿podía haber nada mejor para captar la atención de un campeón de ajedrez que jugar uno mismo?

Ahora bien, yo no he sido nunca un gran artista del ajedrez, y ello por la simple razón de que nunca he pretendido otra cosa que distraerme jugando. Cuando me siento un rato ante el tablero no lo hago para devanarme los sesos, sino todo lo contrario, para descansar del esfuerzo intelectual. Juego al ajedrez en el sentido literal de la palabra, mientras que los demás, los auténticos jugadores, *seriean*

al ajedrez, por introducir un neologismo audaz en nuestra lengua. Pero tanto para el ajedrez como para el amor es imprescindible una pareja, y en aquel momento no sabía yo todavía si aparte de nosotros dos habría a bordo algún otro amante del ajedrez. Para conseguir sacarlos de sus madrigueras preparé una trampa sencilla en el salón de fumadores: me senté a modo de reclamo con mi esposa —que juega todavía peor que yo— frente a un tablero. Y en efecto, no habíamos realizado todavía ni seis jugadas cuando ya se había detenido alguien frente a nosotros. Al poco rato otro nos pidió permiso para mirar, y por último apareció un tercero que, cumpliendo con mis deseos, me retó a una partida. Se llamaba McConnor y era un ingeniero de minas escocés que al parecer había amasado una gran fortuna con los pozos de petróleo en California. Físicamente era un hombre fornido, de recias y vigorosas mandíbulas, casi cuadradas, dientes fuertes y tez sanguínea, cuyo subido tono rojizo era probablemente debido, al menos en parte, a una copiosa fruición del whisky. La sorprendente anchura de sus espaldas, de un atletismo casi impetuoso, reflejaba una vehemencia de carácter que por desgracia se manifestaba también en el juego, ya que el tal Mr. McConnor pertenecía a esa casta de triunfadores seguros de sí mismos que consideran una derrota en el más intrascendente de los juegos como una afrenta a su amor propio. Acostumbrado a abrirse paso en la vida sin contemplaciones y halagado por el éxito de sus empresas, este *self-made-man* macizo estaba tan firmemente persuadido de su superioridad que cualquier resistencia le irritaba como si fuera una insubordinación impropcedente y hasta casi un insulto. Cuando perdió la primera partida se puso de mal humor, y nos comunicó en tono dictatorial y con prolijos argumentos que aquello sólo podía ser consecuencia de un descuido momentáneo. Cuando perdió la tercera, la culpa la tuvo el ruido en la sala de al lado. Nunca consintió perder una partida sin exigir inmediatamente la revancha. Esta obstinación arrogante me

divirtió al principio; después me acostumbré a considerarla como un mal menor inevitable para el desarrollo de mis planes, si en verdad quería atraer a nuestra mesa al campeón del mundo.

Al tercer día lo conseguí, o por lo menos lo conseguí a medias. Ya sea que Czentovic nos había visto jugar desde la cubierta a través del ojo de buey, ya sea que por azar había querido honrar con su presencia el salón de fumadores, lo cierto es que, apenas advirtió que nosotros, unos intrusos, osábamos ejercitar su arte, se acercó instintivamente un paso más, y desde esa bien calculada distancia lanzó una mirada escrutadora sobre nuestro tablero. Le tocaba mover a McConnor. Ese solo movimiento pareció suficiente para convencer a Czentovic de que no era propio de su condición de campeón seguir ocupándose en nuestros empeños de diletantes. Con el mismo gesto espontáneo con que uno de nosotros rehusaría una novelucha policíaca sin ni siquiera hojearla si nos la ofrecieran en una librería, él se alejó de nuestra mesa y abandonó el salón de fumadores. «No hemos dado la talla», pensé para mis adentros, un tanto disgustado por aquella mirada fría y despectiva, y para disipar de algún modo mi mal humor, le dije a McConnor:

—No parece que su jugada haya entusiasmado al maestro.

—¿A qué maestro?

Le expliqué que aquel señor que acababa de pasar a nuestro lado y que había lanzado sobre nuestro tablero una mirada de desaprobación era Czentovic, el campeón del mundo de ajedrez. Aunque, añadí, no teníamos por qué sentirnos ofendidos por su ilustre desprecio, ya que, al fin y al cabo, «los pobres han de cocinar con agua». Me sorprendió el inesperado efecto que tuvieron sobre McConnor estas palabras, que yo había pronunciado medio en broma. Presa de una súbita excitación, se olvidó de nuestra partida, y su amor propio se hizo palpable en el latido de sus sienes. Me dijo que no tenía la menor idea de que Czentovic